

especial para El Financiero, edición del 25 de junio de 1991

¿Qué pasó con el 7?

531 8420.

miguel ángel granados chapa

Con tenue mala sangre, del presidente Gerald Ford decían no pocos ciudadanos norteamericanos que, debido a su afición juvenil a jugar fútbol americano,

ya adulto, no se le podía pedir que mascara chicle y aplaudiera al mismo tiempo. Muy lejos

de ese IQ limitativo, pareciera que a los responsables de la desincorporación tampoco les es dable ^{un} doble esfuerzo simultáneamente con de empresas públicas ~~no les cuadra vender la banca ~~al mismo tiempo~~~~ otras

entidades paraestatales. Por lo menos respecto del canal Siete ha habido un fre

namiento sólo explicable por la concentración de la energía enajenadora en el caso ~~las~~

de las ya casi extintas sociedades nacionales de crédito.

con la demora ^{hace ya} padecen los telespectadores, que hasta hace un año pudieron vivir una efímera primavera de televisión muy diversa. Los más afortunados es-

taban en situación de asomarse al mundo mediante los sistemas de ~~el~~ acceso restringido (cablevisión, UHF, multivisión, antena parabólica). Pero el público en general

contaba también con un menú diversificado. Las dos grandes cadenas, la pública y la privada, disponían de varios canales, cada una, lo que permitía una programación di-

~~versificada.~~ ferenciada.

Pero hace un año que las emisiones de la televisión gubernamental a través de los canales siete y veintidós quedaron canceladas. Problemas de presupuesto provocaron el cierre de operaciones, pero también contó entre las causas de

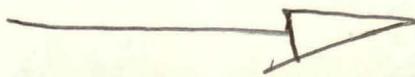
esa decisión la de desincorporar el Instituto Mexicano de Televisión, creado en 1985 para operar esos dos canales, así como el Trece. Hacia noviembre de 1991

la decisión se fue afinando, y también entrando en un periodo de extraordinaria ambigüedad y

lentitud. Se resolvió no vender por completo la televisión pública, por lo que el Estado se reservaría, bajo la denominación de Imevisión, el canal Trece, el de

más antigua data entre las propiedades estatales. Se pondrían a la venta los canales restantes. Pero de nuevo ocurrió una mudanza de parecer, y mediante una

maniobra publicitaria se sustrajo de la presunta operación de venta al canal 22, que provocaba escaso interés en el auditorio y entre los compradores debido

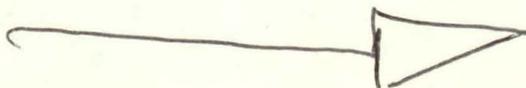


a que opera en la UHF, la ultraaltafrecuencia, que es perceptible sólo dadas ciertas condiciones.

Ha transcurrido ya tanto tiempo, que se integró un consejo de planeación para ese canal 22, luego de que se adoptó la decisión de no desincorporarlo, ^{en} ese consejo, a su vez, concluyó ^{ya} sus deliberaciones, que serán entregadas al Presidente de la República para ^{que} resuelva lo conducente, como se dice en la jerga de los tribunales.

Y mientras tanto, el Siete parece haberse quedado en el limbo. Había dificultades de orden legal para emprender de inmediato su venta. Ocurre que esa red nacional se integró con retacería de diversos intentos estatales ^{de} producir una televisión distinta de la comercial, desde 1972 en que se establecieron las primeras estaciones de Televisión Cultural de México. Luego de diversas vicisitudes ^{me} Itevisión integró ese pedacerío en una red, útil al Instituto pero ~~no~~ ^{no} si se pensaba ponerla a la venta, porque sus componentes no estaban sujetos al régimen de concesión, que permite comercializar el tiempo, sino al de permiso, que lo impide. Fue, por lo tanto, preciso organizar una empresa a la cual, mediante un proceso ficticio que provocó suspicacias y equivocaciones, se atribuyera ^{la} ~~la~~ ^{la} concesión de la red nacional Siete. De no haberse procedido de ese modo, lo único que hubiera podido enajenar Itevisión sería la chatarra, o poco más, que constituye el equipo de esas emisoras y repetidoras. Lo que importa en una red de televisión vieja es la concesión. Eso es lo que vale dinero, y por eso fue necesario poner en valor ese instrumento legal y administrativo.

Pero una vez concluida esa tarea, el proceso parece haberse congelado. Como decimos al principio, la [✓] prioridad que se otorga en este momento a la venta de bancos --hasta este momento el ritmo es de uno por semana--, y antes a la desincorporación de Teléfonos de México, parece haber postergado toda otra operación. Pero se pierde de vista, al desatender lo referido al Siete, que se trata de un mecanismo de especial importancia cultural y política, que ~~podría~~ ^{podría} hubiera podido



prestar grandes servicios a la sociedad en esta época preelectoral. Si la diversidad es la orden del día en cuanto a partidos (hay diez en la palestra), en cuanto a emisiones radiales ~~muestran~~ (muestran ^{de} la vitalidad que se desprende de la competencia y la emulación) y en lo concerniente a medios impresos, resulta un anacronismo que la televisión se haya quedado congelada en ofertas que respecto de las necesidades mexicanas específicas son ya de menor talla que las ~~necesarias~~ demandadas.

La demora en abrir --porque suponemos que ni siquiera se ha abierto-- el proceso de desincorporación del Siete produce, pues, lesiones a las ^Pexpectativas públicas en esta materia. Si, como parece ocurrir, ese retardo obedece, entre otras causas, a la mezcla de intereses públicos y privados en algunas de las ofertas que se han esbozado --porque ni siquiera ha habido ocasión de formalizarlas--, resulta que el público espectador, que merece ~~x~~ la mayor gama posible de opciones que atender, queda postergado en beneficio de quién sabe quién. Y eso no se vale.